MUJERES ESPERANZADAS Y LLENAS DEL ESPÍRITU SANTO

Cristina Inogés[1]

Resumen
La confusión que se ha creado con la carta remitida al papa León XIV sobre la imposibilidad, por ahora, del acceso de las mujeres al diaconado es una muestra de lo que la mundanidad espiritual, sobre la que tanto nos prevenía Francisco y que sigue presente en la Iglesia, puede hacer. La esperanza tiene largo recorrido en esa Iglesia herida por la situación que vivimos las mujeres —no somos las únicas— por decisiones tomadas por varones eclesiásticos. Solo la conversión de las estructuras, que requiere previamente la conversión personal, llevará mucho más tiempo del que pensamos para el ansiado cambio de mentalidad. Por eso, no perder la esperanza es imprescindible, pero una esperanza que también necesita reclamar el derecho bautismal. Mientras no haya una igualdad real y visible en la Iglesia, la credibilidad de la misma será prácticamente imposible.

Palabras Clave: Mujer, mundanidad espiritual, bautismo, esperanza.

Algunas visiones y opiniones[2]

La mujer es un hombre incompleto, decía Aristóteles; santo Tomás de Aquino tampoco tenía mejor opinión sobre nosotras, y dijo: *En lo que se refiere a la naturaleza del individuo, la mujer es defectuosa y mal nacida*[3]*;* en el siglo XIV, el cardenal Jean Gerson, también expresó su opinión al respecto: *Le está prohibido al sexo femenino enseñar en público, sea de palabra o por escrito. Todas las enseñanzas de las mujeres, en especial la enseñanza formal de palabra o por escrito debe ser tenida bajo sospecha a menos que haya sido cuidadosamente examinada, y mucho*

[1] Teóloga por la Facultad Protestante de Madrid, SEUT. Investigadora en los departamentos de Historia de la Iglesia y Teología Fundamental. Madre sinodal, con voz y voto, por decisión del papa Francisco en el Sínodo de la Sinodalidad 2021-2024. Consultora senior en Portocolom-IA para Instituciones de la Iglesia. Escritora con libros en PPC y San Pablo (España) y Paulinas Editora (Portugal). Articulista en varios medios españoles y extranjeros.
[2] Inogés, *Beguinas. Memoria herida,* 12-14.
[3] Quien conozca el pensamiento de Santo Tomás de Aquino sabe que, siguiendo su esquema de reflexión, hoy no sería capaz de sostener semejantes expresiones. Creo que es justo dejarlo claro.

más plenamente que la de los hombres. La razón es clara: la ley común —y no cualquier ley común, sino la que viene de lo alto— se lo prohíbe. ¿Y por qué? Porque ellas son fácilmente seducidas, y seductoras decididas: y porque no está probado que sean testimonio de la gracia divina.

Otros hombres, en siglos posteriores, también han expresado opiniones sin justificación alguna en el campo teológico, que mostraban su misoginia, su miedo a perder poder y, sobre todo, el miedo a las mujeres a las que no conocen de nada.

La incoherencia manifiesta de quienes así pensaban y piensan, tuvo muchas respuestas entre las que destaco esta de Adriana Valero, historiadora y teóloga italiana: *Las mujeres no son un elemento accesorio ni siquiera en las religiones, sino que, al contrario, constituyen el corazón latente y desvelan la identidad. La dignidad que las religiones confieren a la persona en cuerpo femenino, el papel que atribuyen a las mujeres en los ritos, en la gestión de lo sagrado, su visibilidad institucional y los derechos humanos reconocidos para ellas, son las pruebas de fuego que demuestran la validez del mensaje de salvación y de verdad de la que las religiones se sienten portadoras.*

Un poco de actualidad

En diciembre de 2025 nos despertamos un día con la noticia de que León XIV había ordenado publicar una carta[4], recibida en septiembre de ese mismo año y firmada por el cardenal arzobispo emérito de L'Aquila, Giuseppe Petrocchi, en la que comunicaba al papa el no al diaconado femenino, pero que a la vez reconoce que el juicio no es definitivo y, recomienda a León XIV, mantener un 'enfoque prudencial'. La carta no tiene desperdicio. Ni sí, ni no, ni blanco, ni negro, ni… Por si esto no fuera en sí mismo un cúmulo de despropósitos, la carta sigue: "El 'status quaestionis' en torno a la investigación histórica y la investigación teológica, consideradas en sus recíprocas implicaciones, excluye la posibilidad de proceder en la dirección de la admisión de las mujeres al diaconado entendido como grado del sacramento del orden. A la luz de la Sagrada Escritura, de la Tradición y del Magisterio eclesiástico, esta valoración es sólida, aunque no permite formular hoy un juicio definitivo, como en el caso de la

[4] Leon XIV, "Sintesi della Commissione di Studio sul Diaconato Femminile".

ordenación sacerdotal". Y, por si todo esto no fuera suficiente, se recurre a un argumento inimaginable en el siglo XXI: la masculinidad de Cristo.

Algunas dudas teológicas y no teológicas

Llegados a la masculinidad de Cristo, se me ocurre pensar si no habrá estado latente el deseo de convertirlo en un título cristológico visto el gran peso que le dan a esa masculinidad. De momento que quede claro que, aunque aleguen como gran argumento la masculinidad de Cristo, eso no supone que el varón sea Dios. Lo digo por si la tentación aparece. Sin embargo, creo que es importante nombrar, al menos, los problemas teológicos que se pueden derivar de semejante afirmación, porque el contenido de la carta se enfrenta a la teología que ahora tenemos.

- Bíblicos: AT: Las mujeres que forman parte de la genealogía de Jesús, Hijo de Dios, ¿son solo colaboradoras necesarias? NT: La relación de Jesús con las mujeres que aparecen, ¿es un mero recurso también necesario? ¿Qué hubiera sido de la resurrección si hubiera dependido de Pedro?
- Encarnación: ¿Qué pasa con las mujeres ahora? ¿Quedamos dentro o fuera de la encarnación? ¿Jesús asumió la naturaleza humana o solo la del varón?
- Antropología: ¡Vaya idea la de Dios con crearnos varón y mujer a su imagen y semejanza! ¿Reelaboramos el mito de la creación?
- Bautismo: Reviste de Cristo por igual a todo bautizado. *En Cristo ya no hay judío ni gentil, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, sino que todos somos uno en Cristo* (Gal 3,28-29). Por el bautismo todos somos Cristo. Sin embargo, parece que unos están más revestidos que otras.
- Resurrección: En la Vida Eterna que nos regala Jesucristo con su muerte y resurrección, ¿tenemos cabida las mujeres o no?
- Sinodalidad: Por mucho que se empeñen bastantes jerarcas de la Iglesia Católica, —no hace falta decir que son varones— sin nosotras no hay sinodalidad. Pregunto, ¿y creéis que sin las mujeres puede haber Iglesia?

Además de estas dudas, al leer la carta también me surgieron otras. ¿Por qué, después de tener esta carta desde hace tres meses, León XIV decide hacerla pública cuando faltan días para conocer el resultado definitivo

del Grupo de Trabajo 5 del Sínodo de la Sinodalidad, que también trata este tema? En caso de que el Grupo de Trabajo 5 hubiera señalado otra dirección, ¿sería capaz de llevarle la contraria a esta Comisión? Si lo hiciera, ¿qué pasaría entonces?

No puedo dejar de pensar que estamos en una situación muy parecida a la que se creó en el 1968 con la píldora anticonceptiva y la encíclica *Humanae vitae* de Pablo VI*,* aunque ambos temas sean muy diferentes.

Esperanzadas, sí

Decía Vaclav Havel[5]: *La esperanza no es la convicción de que algo saldrá bien, sino la certeza de que algo tiene sentido, independientemente de cómo salga.* Es verdad que la historia de la Iglesia deja claro que las mujeres nos hemos mantenido con la esperanza en el Espíritu como gran apoyo. Sin embargo, sinceramente, creo que la esperanza cuando es sistemáticamente atacada con argumentos tan espurios e infantiles como el que se ha señalado en la carta de la que estamos hablando, tiene derecho a defenderse. Además, y pese al argumento de la masculinidad de Cristo y el conflicto que puede crear con el bautismo como he señalado anteriormente, el derecho del que hablo es un derecho bautismal. Por lo tanto, ¿quién se da a sí mismo el poder de concluir sobre la vocación que una mujer puede recibir en el bautismo, como la recibe un varón?

Ya no se trata de qué hacer porque hemos hecho mucho cada vez que se nos ha ninguneado y dejado de lado por ese clericalismo atroz y cerrado que no tiene más argumento que el poder que se otorga a sí mismo. Un clericalismo que, quiero dejar claro, no es solo del clero, sino también de muchos laicos —mujeres incluidas— que pasa por vivir a la sombra del sacerdote y, además, hacerlo sentir superior y poderoso. Esta forma de actuar tiene que terminar.

[5] Dramaturgo checo (1936-2011), humanista y político emblemático de la libertad y la democracia en tiempos del derrumbe de la ex Unión Soviética cuando ejercía su dominio, vía Pacto de Varsovia, sobre Europa del Este. Havel fue el último presidente de Checoslovaquia y el primer presidente de la República Checa en 1993. El 5 de diciembre de 1995, dictó una conferencia que hoy es un modelo sobre un pensamiento sobre la esperanza, que analiza en una larga meditación filosófica mediante la que diferencia el esperar propio de la actitud esperanzada, de un origen metafísico, del mero optimismo.

Tal vez ahora se trate de no hacer. ¿Qué pasaría si, por ejemplo, durante tres meses ninguna mujer apareciera por la Iglesia, ni hiciera lo que hace habitualmente en alguna institución eclesial, o en esas labores calladas de sacristía que nadie agradece porque ni se fijan que están hechas?

Si en la sociedad civil, un respeto excesivo por la autoridad es señal de una sociedad poco sana y poco libre, en la Iglesia, y cambiando la palabra autoridad por la palabra poder, podríamos decir exactamente lo mismo. Un excesivo respeto al poder eclesiástico es señal de una Iglesia poco sana y poco libre. ¡Somos cristianos! No nos olvidemos de eso y necesitamos ser cristianos adultos en la fe, con fuerza para hablar sin miedo.

No estoy hablando de una revolución porque no se trata de eso, sino de no aceptar con espíritu borreguil algunas decisiones que nos vienen dadas por no sabemos quién (la carta lleva dos firmas, ¿el resto?), en nombre de una tradición —con minúscula— que no entiende, ni asume, ni se plantea que la Tradición —con mayúscula— está viva, y respira, y necesita vivir en el siglo XXI y no en tiempos remotos.

No puedo dejar de pensar en aquello en lo que tanto insistía el papa Francisco cuando hablaba de la 'mundanidad espiritual'. Aunque no lo parezca es perfectamente aplicable a la situación creada con esta carta.

La mundanidad espiritual, que se esconde detrás de apariencias de religiosidad e incluso de amor a la Iglesia, es buscar, en lugar de la gloria del Señor, la gloria humana y el bienestar personal. Es lo que el Señor reprochaba a los fariseos: «¿Cómo es posible que creáis, vosotros que os glorificáis unos a otros y no os preocupáis por la gloria que sólo viene de Dios?» (Jn 5,44). Es un modo sutil de buscar «sus propios intereses y no los de Cristo Jesús» (Flp 2,21). Toma muchas formas, de acuerdo con el tipo de personas y con los estamentos en los que se enquista. Por estar relacionada con el cuidado de la apariencia, no siempre se conecta con pecados públicos, y por fuera todo parece correcto. Pero, si invadiera la Iglesia, «sería infinitamente más desastrosa que cualquiera otra mundanidad simplemente moral».

Esta mundanidad puede alimentarse especialmente de dos maneras profundamente emparentadas. Una es la fascinación del gnosticismo, una fe encerrada en el subjetivismo, donde sólo interesa una determinada experiencia o una serie de razonamientos y conocimientos que supuestamente reconfortan e iluminan, pero en definitiva el sujeto queda clausurado en la inmanencia de su propia razón o de sus sentimientos. La otra es el neopelagianismo autorreferencial y prometeico de quienes en el fondo sólo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o por ser inquebrantablemente fieles a cierto estilo católico propio del pasado. Es una supuesta seguridad doctrinal o disciplinaria que da lugar a un elitismo narcisista y autoritario, donde en lugar de evangelizar lo que se hace es analizar y clasificar a los demás, y en lugar de facilitar el acceso a la gracia se gastan las energías en controlar. En los dos casos, ni Jesucristo ni los demás interesan verdaderamente. Son manifestaciones de un inmanentismo antropocéntrico. No es posible imaginar que de estas formas desvirtuadas de cristianismo pueda brotar un auténtico dinamismo evangelizador.

Esta oscura mundanidad se manifiesta en muchas actitudes aparentemente opuestas, pero con la misma pretensión de «dominar el espacio de la Iglesia». En algunos hay un cuidado ostentoso de la liturgia, de la doctrina y del prestigio de la Iglesia, pero sin preocuparles que el Evangelio tenga una real inserción en el Pueblo fiel de Dios y en las necesidades concretas de la historia. Así, la vida de la Iglesia se convierte en una pieza de museo o en una posesión de pocos. En otros, la misma mundanidad espiritual se esconde detrás de una fascinación por mostrar conquistas sociales y políticas, o en una vanagloria ligada a la gestión de asuntos prácticos, o en un embeleso por las dinámicas de autoayuda y de realización autorreferencial. También puede traducirse en diversas formas de mostrarse a sí mismo en una densa vida social llena de salidas, reuniones, cenas, recepciones. O bien se despliega en un funcionalismo empresarial, cargado de estadísticas, planificaciones y evaluaciones, donde el principal beneficiario no es el Pueblo de Dios sino la Iglesia como organización. En todos los casos, no lleva el sello de Cristo encarnado, crucificado y resucitado, se encierra en grupos elitistas, no sale realmente a buscar a los perdidos ni a las inmensas multitudes sedientas

de Cristo. Ya no hay fervor evangélico, sino el disfrute espurio de una autocomplacencia egocéntrica.

En este contexto, se alimenta la vanagloria de quienes se conforman con tener algún poder y prefieren ser generales de ejércitos derrotados antes que simples soldados de un escuadrón que sigue luchando. ¡Cuántas veces soñamos con planes apostólicos expansionistas, meticulosos y bien dibujados, propios de generales derrotados! Así negamos nuestra historia de Iglesia, que es gloriosa por ser historia de sacrificios, de esperanza, de lucha cotidiana, de vida deshilachada en el servicio, de constancia en el trabajo que cansa, porque todo trabajo es «sudor de nuestra frente». En cambio, nos entretenemos vanidosos hablando sobre «lo que habría que hacer» —el pecado del «habriaqueísmo»— como maestros espirituales y sabios pastorales que señalan desde afuera. Cultivamos nuestra imaginación sin límites y perdemos contacto con la realidad sufrida de nuestro pueblo fiel.

Quien ha caído en esta mundanidad mira de arriba y de lejos, rechaza la profecía de los hermanos, descalifica a quien lo cuestione, destaca constantemente los errores ajenos y se obsesiona por la apariencia. Ha replegado la referencia del corazón al horizonte cerrado de su inmanencia y sus intereses y, como consecuencia de esto, no aprende de sus pecados ni está auténticamente abierto al perdón. Es una tremenda corrupción con apariencia de bien. Hay que evitarla poniendo a la Iglesia en movimiento de salida de sí, de misión centrada en Jesucristo, de entrega a los pobres. ¡Dios nos libre de una Iglesia mundana bajo ropajes espirituales o pastorales! Esta mundanidad asfixiante se sana tomándole el gusto al aire puro del Espíritu Santo, que nos libera de estar centrados en nosotros mismos, escondidos en una apariencia religiosa vacía de Dios. ¡No nos dejemos robar el Evangelio![6]

¡Esa es nuestra esperanza! No dejarnos robar el evangelio donde todo está claramente dicho. Todo, menos que las mujeres debamos estar sometidas a otra voluntad que no sea la de Dios que nos creó iguales a los varones. No tengáis miedo a conocernos a las mujeres. Me gusta decir que todos —vosotros y nosotras— estamos hechos del mismo barro

[6] Francisco, "Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium"* 93-97.

y del mismo aliento de Dios. Tardaremos más o menos en vernos por los mismos lugares, pero, mientras, ni unos ni otras, olvidemos que la Iglesia perdió a los obreros en el siglo XIX, a los jóvenes en el XX… ¿Perderá a las mujeres en el XXI? El Espíritu es sorprendente y nunca se sabe qué sugiere con su atinado soplo…

Bibliografía

Francisco. "Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium (24 de noviembre de 2013)". Vatican, https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html#_ftn71 (consultado el 21 de enero de 2026).

Inogés. *Beguinas. Memoria herida*. Editorial PPC: Madrid (2021): 12-14.

Leon XIV. "Sintesi della Commissione di Studio sul Diaconato Femminile". Press Vatican, https://press.vatican.va/content/salastampa/it/bollettino/pubblico/2025/12/04/0950/01725.html (consultado el 21 de enero de 2026).